

El Hijo de Dios. Análisis textual del primer punto de ignición del mito cristiano

Jesús González Requena
Universidad Complutense de Madrid
www.gonzalezrequena.com

a Pablo, Mateo y Lucas
mis nietos

Anunciación





«fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

«Y entrando, le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.”

«Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo.

«El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.

«El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.”

«María respondió al ángel: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?”

El ángel le respondió: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. “(...)

«Dijo María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.” Y el ángel dejándola se fue.»

Lucas 1:26-38 (1)



¿Una virgen embarazada? ¿Cuántos debates no se han producido en la historia de Occidente a propósito del asunto de la divina concepción de la Virgen? Incluso constituyó punto decisivo de conflicto en el cisma que opuso la Reforma a la Contrarreforma.



Y luego, ¿cuántos cristianos de buena fe pero que se quieren modernos no hubieran preferido poder excluir ese presupuesto de su campo de creencias? ¿Y cuántos no cristianos han expresado su burla hacia aquellos otros que se obcecaban en creer que una virgen podría haber quedado embarazada por obra de un dios?



Lo que probablemente no se haya hecho nunca es abordar el asunto como lo que realmente es: el primer punto de ignición del relato mítico conformado por los Evangelios.

Y bien, es a eso a lo que les invito.



A que suspendan sus creencias, tanto las positivas como las negativas, para ensayar a escuchar el orden simbólico que, en torno a ese punto de ignición, se conforma, y en el que emerge, como figura mayor, esa novedad histórica que es la aparición de la idea del nacimiento del Hijo de Dios.

Pero para que puedan valorar en profundidad lo que con ello emerge, resulta imprescindible un trabajo previo que nos llevará un trecho considerable de esta conferencia. El destinado a reflexionar sobre los tiempos anteriores a la aparición de tan sorprendente y novedosa idea, de modo que cuando retornemos a ella, estemos en condiciones de apreciar plenamente su novedad e importancia.

Los dioses, potencias de lo real

Durante siglos, para los seres humanos, los dioses eran las potencias de lo real a las que admiraban tanto como por ellas se sentían amedrentados.



A la vez admirados y amedrentados, porque la violencia que esas potencias podían desencadenar desbordaba totalmente los límites de lo humano.



Los límites de lo que su entendimiento podía comprender, tanto como los límites de lo que su fuerza podía resistir.

Y lo mismo sucedía con las formas de su manifestación: nada permitía, al entendimiento humano, preverlas y, así, tomar, frente a ellas, las necesarias precauciones.



La combinación de esas dos magnitudes -la de una violencia que desbordaba de manera inconmensurable la fuerza con la que los hombres podían hacerle frente y la de una imprevisibilidad absoluta de sus irrupciones, tanto por lo que se refiere a su momento como a su forma y sus efectos- hacía de los dioses seres -quizás fuera mejor decir fuerzas- sagradas.



Eso era, pues, lo sagrado -todo lo que tenía que ver con esas potencias, con su descomunal violencia y con su absoluta imprevisibilidad.

Frente a ello estaba lo profano: el mundo de las actividades humanas socializadas y, en esa misma medida, inteligibles y previsibles.

Se darán cuenta, quizás, de que utilizo ambos conceptos -el de *lo sagrado* y el de *lo profano*- en el sentido que les diera Georges Bataille (2).

Pero, por mi parte, permítanme que añada un suplemento de conceptualización: el mundo de lo profano, era ya el mundo de *la realidad* de nuestros antepasados, porque era el de lo calculable, inteligible y previsible, sin que ello tuviera por qué excluir los conflictos; pues estos, como sus efectos, resultaban, en ese ámbito, igualmente calculables.

Lo otro, ese mundo sagrado habitado por fuerzas descomunales, imprevisibles e ininteligibles, era el mundo de lo real.

Bien es cierto que la noción de lo sagrado no se limitaba al mundo de los dioses y sus emergencias, sino que incluía igualmente todo lo que, de una manera o de otra, entraba en contacto con ellos, incluidos los actos de los hombres en su aproximación a los dioses: sus mitos, sus rituales, y los objetos que participaban en estos.

Rituales

Y bien, centrémonos en ese ámbito por el que los hombres se aproximan a los dioses, es decir, el ámbito de los rituales que eran, en lo esencial, propiciatorios: consistían en lo esencial en las conductas por las que los hombres trataban de evitar que los dioses desencadenaran sobre ellos su violencia.

Hablamos, por eso, de rituales propiciatorios. Ahora bien, ¿qué propiciaban?

Podría responder: la benevolencia de los dioses. Y no en un sentido genérico, sino en uno del todo concreto: que fueran buenos -que no fueran malos- para aquel que a ellos se aproximaba por la vía del ritual.

Permítanme, a este propósito, que les llame la atención sobre algo en lo que seguramente no se han parado nunca a pensar. Desde el mismo momento en que la benevolencia del dios queda asociada al ritual propiciatorio, resulta obligado deducir que el dios en sí mismo no es necesariamente bueno, benevolente, dado que es necesario el ritual para, precisamente, propiciar tal benevolencia.

Y el asunto se hace tanto más claro cuando se constata que en la inmensa mayoría de los casos atestiguados por la antropología, el ritual propiciatorio consistía en la realización de sacrificios ofrendados al dios en cuestión.

Ahora bien, ¿sacrificios de qué?

De cualquier cosa que resultase valiosa para el que la sacrificaba, de modo que cuanto mayor fuera su valor, mayor se esperaba fuera la eficacia del ritual.

Y no debe olvidarse que lo sacrificado no solo es algo que pierde el que lo da en sacrificio, sino también algo que recibe el dios al que se le sacrifica.

Pero lo notable, lo realmente indicativo de la índole del dios que recibe el sacrificio, es el modo mismo por el que se consuma el paso de lo sacrificado por el ser humano al dios que lo recibe. La forma con mucho más extendida de sacrificio fue la del fuego, de modo que solo en la medida en que el objeto se consumía por obra del fuego podía ser aceptado por el dios que lo recibía.

Ahora bien, cabe preguntarse: la deidad, ¿lo recibía incólume, tal y como lo sacrificado existía antes de su paso por el fuego? Esa es desde luego una posibilidad, a la que el paso por el fuego añadiría la idea de la purificación del bien recibido. Pero no es evidente. De hecho, tal respuesta supone muchas postulaciones de notable complejidad que no necesariamente habrían de presentarse en las formas más primitivas de sacrificio.

Así, la existencia de un mundo otro en el que habitaría el dios y donde guardaría los bienes recibidos una vez purificados por el fuego. Eso puede darse sin duda, pero no debe rechazarse la otra posibilidad: que la recepción por el dios del bien sacrificado se consumase en su misma consumición, ya fuera por el fuego, la espada o por cualquier otra vía.



Quiero decir: que el dios no fuera acumulativo sino voraz, que se tratara de un dios para el cual no hubiera otra posesión que la destrucción, la incorporación y la aniquilación de lo poseído.

Un dios, en suma, a la vez violento y voraz, que se alimentaría de esa consumación y que gozaría de ella.

Si lo piensan bien creo que se darán cuenta que para con un dios así el rito no precisa siquiera, para su comprensión, de la postulación de una intención

propiciatoria -es decir, de esa voluntad, de la que ya hemos hablado, de obtener la benevolencia del dios. Pues, ante él, el objeto sacrificado en el rito operaría no ya como un obsequio entregado en busca de benevolencia, sino, de manera más sencilla y primaria, como un alimento destinado a saciar el hambre violenta del dios.

Moloc

Permítanme que les presente un ejemplo de ello lo suficientemente expresivo.

«las siete doncellas y siete donceles que los atenienses tenían obligación de enviar a Minos cada ocho años (...) parece que eran encerrados en el Laberinto para ser devorados por el Minotauro o al menos quedar aprisionados para siempre. Quizá eran sacrificados quemándolos vivos dentro de un toro de bronce o de una imagen de hombre con cabeza de toro, con objeto de renovar la fortaleza del rey y del sol, a quien personificaba. (...) lo hace sugerir la leyenda de Talos, un hombre de bronce que abrazaba contra su pecho a la gente y se arrojaba al fuego con ella, que moría abrasada. Se cuenta que se lo había entregado Zeus a Europa o Hefastos a Minos para guardar la isla de Creta, (...) Según otro relato era un toro y según otro más, el Sol. Probablemente estaba identificado con el Minotauro y, despojado de su forma mítica, no sería otra cosa que una imagen broncea del sol representado como un hombre con cabeza de toro. Con el designio de reavivar los fuegos del sol serían sacrificadas víctimas humanas al ídolo, quemándolas dentro de su cuerpo hueco o colocadas en sus manos inclinadas de tal modo que por declive rodaran a un foso de fuego. Ésta fue la manera como los cartagineses sacrificaban sus niños a Moloc; las criaturas eran colocadas en las manos de bronce de una imagen con cabeza de ternero, desde las que se deslizaban dentro de un horno encendido, mientras la gente bailaba al son de flautas y panderos para ahogar los gritos de las víctimas que se quemaban. (...) el culto asociado con el nombre de Minos y Minotauro puede haber influido poderosamente el culto de algún Baal semítico.»

Frazer, James George: *La Rama dorada. Magia y religión* (3)

Excelente descripción. Sólo una cosa le objetaría: dudo mucho que esos *bailles, flautas y panderos* tuvieran por objeto *ahogar los gritos de las víctimas que se quemaban*. Diría más bien que esa era la vía por la que los participantes en el sacrificio se entregaban de lleno al goce siniestro allí desencadenado.

Pero vayamos a lo sustantivo. Como ven, posesión y destrucción se confunden en el Minotauro que recibe el sacrificio. De modo que no hay benevolencia alguna posible en esa bestia divina, primaria y salvaje.

Los que realizan la ofrenda tan sólo procuran calmar su violencia o, si prefieren, su violenta reclamación de carne humana que lo alimente. Realmente notable, en este sentido, es el hecho de que ello cobra la forma de una incorporación literal de la víctima por el dios, por la vía de una devoración que la hacer pasar al interior de su cuerpo, donde arde hasta morir.

Como pueden ver, en opinión de Frazer, el culto al minotauro de los cretenses podría haberse inspirado en el más antiguo de Moloc Baal. Permítanme que se lo presente, pues la suya es una figura en extremo expresiva:



Hay pocas representaciones suyas y todas son muy tardías. Así ésta, titulada *El ídolo Moloc, con 7 cámaras*, ilustración presente en el libro de 1704 de Johann Lund *Los antiguos santuarios judíos* (4).

Vean esta otra:



debida a Athanasius Kirchner y procedente de su libro de 1652, *Oedipus Aegyptiacus*. (5)

Moloc fue un dios de origen semita que, a través de los fenicios y de los cartagineses, extendió su influencia por toda el área mediterránea.

Y bien, han tenido ustedes ya ocasión de leer cual era el bien sacrificado más estimado por Moloch: los hijos mismos de los propios oferentes. Las cámaras que se abren en el cuerpo del dios, también llamadas, muy expresivamente, *capillas*, son los lugares donde se albergaba a los niños destinados al sacrificio.

Diodoro Sículo, historiador griego del siglo I a.C., ofrece una impresionante descripción del sacrificio masivo que tuvo lugar a principios del siglo IV, cuando el griego Agatocles sitiaba la ciudad cartaginesa:

«Viendo a sus enemigos acampados bajo los muros de la ciudad, se sintieron asaltados por un temor supersticioso y se reprocharon haber descuidado las costumbres de sus padres en lo referente al culto de los dioses. Decidieron realizar una gran ceremonia en la que deberían ser sacrificados doscientos niños, escogidos en las familias más ilustres; algunos ciudadanos, temerosos de ser acusados, ofrecieron voluntariamente a sus propios hijos, que no fueron menos de trescientos. (...) Había una estatua de bronce que representaba a Saturno, las manos extendidas e inclinadas hacia la tierra, de manera que el niño, que había sido colocado en ellas, rodaba e iba a caer en una sima llena de fuego. Es probablemente a esta costumbre a la que hace alusión Eurípides cuando habla de ceremonias de sacrificio realizadas en Tauride; el poeta pone en boca de Orestes la pregunta siguiente: "¿Cuál será la tumba que me recibirá cuando muera?" - Un fuego sagrado encendido en una gran sima de la tierra. Parece también que el antiguo mito de los griegos, según el cual Saturno devoró a sus propios hijos, encuentra una explicación en esta costumbre de los cartagineses.»

Diodoro Sículo: *Biblioteca Histórica* (6)

Detengámonos por un instante en el estatus que el niño posee en estos sacrificios. Él es, sin duda, un bien, y, como tal, un bien sacrificable, en aras a la preservación de un bien mayor.

Pero observen que en esta caracterización que les propongo la palabra *bien* es empleada en su sentido económico, no en el ético. El hijo es un *bien* en tanto posesión, propiedad que se posee y de la que se dispone. De modo que los padres, por su propio bien, sacrifican uno de sus bienes más preciados, uno de sus propios hijos, en aras a conservar otros bienes considerados más valiosos - así, por ejemplo, la propia vida, quizás las riquezas, posiblemente el poder...

Claro está, donde el texto citado dice *Saturno*, deben poner *Moloc*, pues los griegos identificaban al uno con el otro. Ahora bien, ¿ello no debería también, en

cierto modo, llevarnos a nosotros a poner *Moloc* en algunos de los lugares donde pone *Saturno*?

Y es que, como ven, Diodoro Sículo era ya antropólogo. Y así, sugiere la posibilidad de que, en un pasado remoto, Moloc pudiera haber sido antepasado de Saturno, o bien que ambos procedieran de un arcaico tronco común.

En cualquiera de los casos, ello da al asunto de Moloc una dimensión extraordinaria, cuya resonancia atraviesa los siglos. Sin duda hacia atrás, pero también hacia delante, hasta llegar, por ejemplo, a Goya.



No hay aquí, ciertamente, fuego. Mas ello no nos aparta demasiado de la descripción de Diodoro Sículo. Por el contrario, nos permite percibir mejor cierto aspecto esencial de la figura de Moloc. Se trata de algo que ya les he señalado: el dios se apropia del bien recibido incorporándolo, literalmente devorándolo. Sencillamente: se alimenta de él.

Yahvé y Moloc

¿Hasta dónde alcanzó la difusión de Moloc?

Sabemos que su presencia es insistente en el Antiguo Testamento, donde Yahvé, hablando por voz de sus profetas, no cesa de proclamar su indignación hacia su pueblo que olvida una y otra vez la alianza para adorar a Moloc y ofrendarle los sacrificios sangrientos de sus propios hijos.

Incluso el propio rey Salomón llegó a participar en ellos.



«Yo les adoctriné asiduamente, mas ellos no quisieron aprender la lección, sino que pusieron sus Monstruos abominables en la Casa que llaman por mi Nombre, profanándola, y fraguaron los altos del Baal que hay en el Valle de Ben Hinnom para hacer pasar por el fuego a sus hijos e hijas en honor del Moloc - lo que no les mandé ni me pasó por las mientes-, obrando semejante abominación con el fin de hacer pecar a Judá.»
Jeremías 32:33-35 (7)

La cita que les presento es una más de la multitud de aquellas en las que Yavhé expresa su indignación. Sin embargo hay, en ésta, un par de detalles que sugieren la posibilidad de que alguna vez, en un pasado remoto, Moloc y Yahvé pudieran haber sido un mismo dios.

Pues, ¿acaso ese monstruo abominable no llegó a ocupar su propio templo? - *pusieron sus Monstruos abominables en la Casa que llaman por mi Nombre, profanándola.*

Y está, sobre todo, esa tan acentuada negación: *lo que no les mandé ni me pasó por las mientes*. Dice no solo que no lo ordenó, sino que ni siquiera llegó a pasársele por la cabeza. Y bien, ya saben: *Excusatio non petita, accusatio manifesta*.

¿No les parece oír hablar ahí a un dios perplejo, inseguro, que por un momento duda si alguna vez llegó, si no a decir, al menos a pensar... que los hijos de los judíos habían de serle sacrificados... que el mismo, en una vida anterior, podría haber sido el propio Moloc?

Y vean este texto de Ezequiel que parece casi una declaración:

«Pero los hijos se rebelaron contra mí (...) Porque no habían puesto en práctica mis normas, habían despreciado mis preceptos y profanado mis sábados, y sus

ojos se habían ido tras las basuras de sus padres. E incluso llegué a darles preceptos que no eran buenos y normas con las que no podrían vivir, y los contaminé con sus propias ofrendas, haciendo que pasaran por el fuego a todo primogénito, a fin de infundirles horror, para que supiesen que yo soy Yahveh.» Ezequiel 20:21-26 (8)

Pero no se enfaden con el Dios hebreo por eso. Si aceptan leer la Biblia de modo materialista, quiero decir, prescindiendo de todo presupuesto metafísico, podrán reconocer fácilmente que en ella se encuentra la crónica de una transformación histórica incesante de la idea de Dios.

Y a este propósito, para el que les habla, resulta más que convincente la hipótesis freudiana según la cual el Antiguo Testamento contiene dos representaciones esencialmente diversas de su dios.

«Yahvé (...) Un dios local rudo, mezquino, violento y sediento de sangre (...) Cabe asombrarse de que, a pesar de todas las refundiciones, se hayan dejado en los informes bíblicos tantos elementos que permiten discernir aquella su originaria naturaleza. (...) si en la ulterior trayectoria todo fue diverso de lo que hacían esperar tales comienzos, podemos hallar la causa de ello en (que) (...) una parte del pueblo había recibido del Moisés egipcio otra representación de Dios, más espiritualizada: la idea de una deidad única, abarcadura del universo entero, que a todos ama y es omnipotente; enemiga de todo ceremonial y todo ensalmo, ella fija a los hombres como meta suprema una vida en verdad y en justicia.» Sigmund Freud: *Moisés y la religión monoteísta*] (9)

Diosa

Ahora bien, Yahvé Moloc, ese *dios local rudo, mezquino, violento y sediento de sangre*, ¿estamos seguros de que fue un dios y no una diosa?



Vean su imagen: nada en ella sugiera atributo fálico alguno.

En su lugar, en cambio, aparece una oquedad ardiente que se abre hacia el interior del cuerpo.



Y por cierto, ¿no fue una intuición semejante al que asaltó al Goya quien, desde lo más hondo de su particular psicosis, pintó a Saturno devorando a sus hijos?



Se piensa que, en su origen, Yahvé debió ser una divinidad volcánica



Pues bien, a poco que echen ustedes un vistazo a un volcán en cualquiera de sus fases, creo que deberán reconocerme que, por su conformación, se encuentra mucho más cerca de la anatomía femenina que de la masculina.

Y es precisamente allí, es en el interior de ese cuerpo ardiente, donde son absorbidos, incorporados y abrasados los hijos entregados en ofrenda.



¿Cómo no entender entonces el ritual como lo que más evidentemente aparenta ser, es decir, como una suerte de parto invertido, en el que el niño, en vez de ser dado a luz, retorna al interior del cuerpo originario del que procede?

¿No han oído nunca decir a una mujer que ha vivido recientemente un parto que cuando éste se aproximaba era como si hubiera un volcán ardiente en su interior?

Quizás me objeten la presencia de los cuernos que ostenta Moloch. Sucede, sin embargo, que esos cuernos podrían perfectamente ser los de una poderosa vaca llamada Hathor:



divinidad egipcia mitad vaca



mitad leona



pero en cualquier caso hembra y mujer.

Diosa de la fecundidad y del amor que, como todas las diosas arcaicas, era a la vez diosa de la muerte, la guerra y la destrucción.

En la mitología egipcia aparece a la vez como madre y como hija de Ra. Y en esta segunda condición se la identifica con el Ojo solar de Ra, cuyo intenso calor puede abrasar.



No menos notables son sus identificaciones en las culturas próximas. Así, los semitas la llamaban Baalat, “La Señora” y en Biblos fue identificada con Astarté. Ahora bien, Astarté era la esposa de Baal y Baal es el tronco del que procede, como una de sus versiones, el propio Moloc.

¿Esposa entonces? ¿O esposa luego, una vez diferenciada de su esposo? ¿No sería Baalat el nombre originario de Baal-Moloc?

Si tuviera un tiempo del que no dispongo, me detendría a exponerles toda otra serie de indicios que apuntan en esta dirección.

Me conformaré con este, precedente del Antiguo Testamento:

«Salomón fue yerno de Faraón, rey de Egipto; tomó la hija de Faraón y la llevó a la Ciudad de David, mientras terminaba de construir su casa, la casa de Yahveh y la muralla en torno a Jerusalén. Con todo, el pueblo ofrecía sacrificios en los altos, porque en aquellos días no había sido aún construida una casa para el Nombre de Yahveh. Salomón amaba a Yahveh y andaba según los preceptos de David su padre, pero ofrecía sacrificios y quemaba incienso en los altos. Fue el rey a Gabaón para ofrecer allí sacrificios, porque aquel es el alto principal. Salomón ofreció mil holocaustos en aquel altar.»

1 Reyes 3:1-4 (10)

Y bien, esos altos eran los lugares donde se sacrificaba a los niños. Sacrificios en los que llegó a participar *mil veces*, como ya les he dicho, el propio rey Salomón que había traído de Egipto a su esposa y quizás también con ella, todo parece sugerirlo, a la propia Athor-Astarté-Baalat-Moloc.

Les decía al comienzo de esta conferencia que los dioses, en el origen, eran potencias de lo real.



Y bien, una vez iniciado el largo y lento proceso de su humanización, ¿no les parece lógico que después de las grandes bestias y de las otras grandes potencias naturales que aterraban a los hombres la siguiente forma de divinidad fuera materna?



Pues, ciertamente, nada hay tan poderosamente real, en el cuerpo de los miembros de nuestra especie, como esa extraordinaria metamorfosis corporal, en sí misma eminentemente real, por la que es parido un nuevo ser humano.



Nada extraño, por ello, que suscitara desde el principio esa suerte de espasmo amedrentado que caracterizaba a la proximidad con las otras potencias de lo real.

Un Dios ético

Pero volvamos aquí.

«Yahvé (...) Un dios local rudo, mezquino, violento y sediento de sangre (...) Cabe asombrarse de que, a pesar de todas las refundiciones, se hayan dejado en los informes bíblicos tantos elementos que permiten discernir aquella su originaria naturaleza. (...) si en la ulterior trayectoria todo fue diverso de lo que hacían esperar tales comienzos, podemos hallar la causa de ello en (que) (...) una parte del pueblo había recibido del Moisés egipcio otra representación de Dios, más espiritualizada: la idea de una deidad única, abarcadura del universo entero, que a todos ama y es omnipotente; enemiga de todo ceremonial y todo ensalmo, ella fija a los hombres como meta suprema una vida en verdad y en justicia.»

Sigmund Freud: (1934-1938) *Moisés y la religión monoteísta*

¿Cómo fue posible que, frente a esa divinidad arcaica y bestial, emergiera y pudiera afirmarse ese nuevo dios más espiritualizado, comprometido con la verdad y la justicia?

Es decir, un dios, por oposición a los que le habían precedido, ético y por eso fundamento de ese núcleo ético en torno al cual, en el cruce del pensamiento socrático y el Antiguo Testamento, comenzó a fundarse el pensamiento humanista occidental.

En ediciones anteriores de nuestro congreso he tenido ocasión de ocuparme de los dos momentos más notables en los que se manifiesta ese paso decisivo entre uno y otro tipo de divinidad que consiste en el rechazo la prohibición del sacrificio humano.



Me refiero al último canto de la *Iliada*, en el que Zeus, el dios que había apoyado a los troyanos pero que no pudo evitar su derrota por los griegos, dados que estos eran los protegidos de las diosas, Era y Atenea, logró al menos contener el furor de Aquiles, quien había decidido entregar el cadáver de Héctor a los perros, y le indujo a escuchar con compasión la súplica de su padre Príamo. (11)



Y me refiero también al mito de Abraham, en el que emerge un Dios venido de otras tierras que hace al patriarca abandonar su tierra matriarcal en la que reinaba una diosa con toda probabilidad llamada Saray para conducirlo a otra tierra y reclamarle a su hijo, Isaac, en sacrificio. (12)

Pero en un sacrificio radicalmente nuevo, como lo prueba el hecho de que, cuando Abraham, siguiendo la inveterada costumbre, se disponía a degollar a su hijo antes de quemarlo en la pira, ese nuevo Dios detuvo su brazo.



Si hemos visto en la *Ilíada* aparecer la compasión, en el mito de Abraham encontramos, además de eso, algo más realmente notable. Pues el nuevo sacrificio que este nuevo Dios reclama de Abraham ya no es la vida de su hijo, sino todo lo contrario. Lo que le demanda es su renuncia al hijo como bien, el reconocimiento de que el único dueño del hijo ya no es su padre ni su madre, sino el propio Dios. Que ese hijo, en suma, es hijo de Dios y que por eso ya no es sacrificable.

No sé si se dan cuenta del cambio radical que eso hubo de suponer para la noción misma de lo sagrado. Pues a partir de entonces lo sagrado comenzó a dejar de ser *lo sacrificado* para pasar a ser *lo insacrificable*.

Y el nuevo Dios que prohibía el sacrificio y que reclamaba como propio al hijo ya no sacrificable había de ser, necesariamente, un Dios paterno, pues era un Dios que venía a desligar al nuevo ser de sus lazos de sometimiento al cuerpo real del que procedía -el cuerpo de su madre, el cuerpo de su tribu y de su tierra, el dominio mismo de su padre.

La expresión *hijos de Dios* no aparece todavía en el relato de Abraham -que por cierto está considerado como uno de los más antiguos que la Biblia contiene. Pero aparecerá ya cristalizada en textos posteriores, donde se extenderá pronto a todos los hijos de los judíos.

Pero, a la vez, se detenía la mayor parte de las veces en ellos.

Así, sucedía que incluso el Yahvé que había logrado olvidar haber sido una vez Moloc y que por tanto prohibía el sacrificio de los hijos del pueblo elegido era capaz de manifestar la ira más extrema hacia otros pueblos y reclamar el sacrificio de sus hijos. Piénsese, por ejemplo, en la última plaga lanzada contra Egipto que aniquiló a todos los hijos primogénitos de esa nación, incluido el del Faraón. Con lo que el Yahvé de los judíos se mostraba, a la vez, como el Moloc de los Egipcios.

Tal es el límite del mejor dios hebreo: seguía siendo un dios nacional, por eso territorial y, finalmente, tribal: ligado a la tierra y a la sangre de un pueblo que se quería -como, por lo demás, se han querido siempre todos los pueblos- superior.

¿Cómo dar el salto final, en ese proceso de humanización de la divinidad, que fuera capaz de alumbrar una noción de humanidad universal, es decir, ya no tribal, ni territorial, ni siquiera nacional?

Y cuando les hago esta pregunta, y mientras piensan en su respuesta, quiero llamarles la atención sobre el presupuesto que contiene: que los hombres se piensan a través de -y en su relación con- los dioses. Que solo a través de la construcción de sus dioses, como algo más perenne y menos variable que ellos mismos, pueden los hombres introducir nuevas categorías que les permitan pensarse a sí mismos y, en esa misma medida, proyectarse a sí mismos hacia el futuro como seres más elevados en dignidad.

Y bien, les repito la pregunta: ¿cómo pudieron los hombres alumbrar esa noción de hombre universal que es el presupuesto de la reclamación, para nosotros irrenunciable, de la igualdad de todos los seres humanos?

Yo diría que la vía fue ésta:



«fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

«Y entrando, le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.”

«Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo.

«El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.”

«María respondió al ángel: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?”

«El ángel le respondió: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. (...)”

«Dijo María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.” Y el ángel dejándola se fue.»

[Lucas 1:26-38, *Biblia de Jerusalén*] (13)

O dicho en otros términos: hizo falta que naciera el hijo de un dios desligado de toda tribu, de todo territorio, de toda nación.

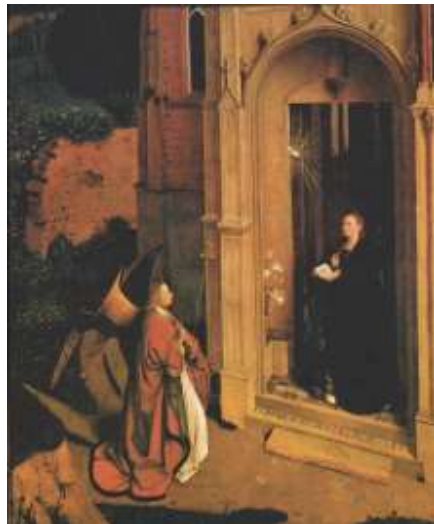
Un Dios sin cuerpo ni sangre, ni imagen, ni materialidad alguna que no fuera la de su ser palabra.

Uno, en suma, que fuera puro espíritu, es decir, pura palabra -pues, ¿acaso no es eso, la capacidad del habla, lo que iguala a todos los hombres más allá de sus infinitas diferencias de todo tipo?

Y fue necesario que ese Dios, sin mediación alguna de varón -pues todo varón ha nacido en un determinado territorio, la suya es la sangre que ha recibido de sus padres, de su tribu, de su nación- penetrara a una mujer virgen para alumbrar en ella, en el interior de su seno -que desde que el Dios lo ha visitado ha quedado convertido en sagrado- a un Hijo de Dios.



En la simbólica que así se configura, la mujer -esa virgen que no ha conocido varón- encarna el cuerpo, la materia, lo real.



Frente a ella, lo que la alumbra, lo que alumbra una vida sagrada en su interior, no puede ser un hombre, sino una pura palabra capaz de redimir al hombre de lo real.

Pues tal es lo que el Espíritu Santo nombra: la palabra misma que penetra a la mujer con la potencia de la más poderosa de las promesas: la de que su hijo poseerá la mayor dignidad, la de ser Hijo de Dios.



Supongo que no se les escapará a ustedes la nueva dimensión que con ello se abría en el universo del erotismo.

Pues de pronto la palabra, en su pronunciación masculina y en su recepción femenina, en su capacidad para penetrar el oído de la mujer, alcanzaba una resonancia erótica que ya nunca habría de perder a lo largo de la historia de nuestra civilización.

Lo masculino entonces, frente a esa dimensión femenina que la virgen encarna, queda a su vez escindido en dos figuras inseparables pero a la vez netamente diferenciadas: por una parte la palabra divina; por otra, el hombre real que permanece ahí, junto a la virgen sagrada, sabiendo que el hijo que ha nacido no es suyo, que no es su bien, por más que él sea su padre, por más, incluso, que él mismo haya participado en el asunto al dejarla embarazada -tal es la posición que encarna la figura de San José.

El Dios del Ser



«Yahvé (...) Un dios local rudo, mezquino, violento y sediento de sangre (...) una parte del pueblo había recibido del Moisés egipcio otra representación de Dios, más espiritualizada: la idea de una deidad única, abarcadura del universo entero, que a todos ama y es omnipotente; enemiga de todo ceremonial y todo ensalmo, ella fija a los hombres como meta suprema una vida en verdad y en justicia.»
Sigmund Freud: (1934-1938) *Moisés y la religión monoteísta*

Atiendan a la confrontación de estas dos, tan extremadamente opuestas, mitologías.

Moloc quita, devora, incorpora y aniquila a los hijos de los hombres.

El nuevo Dios da, en cambio, a su hijo. Se da en su hijo, se encarna en lo humano y, así, lo diviniza.

Observen al Dios anciano que pinta Ribera. De su pecho, bajo su boca, emerge el hálito de su palabra en forma de Espíritu Santo. Su mano derecha señala lo que ofrece: el cuerpo de su hijo sacrificado en la cruz, y que por eso conserva todavía la posición que en ella mantenía en el momento de su agonía.

Ha nacido un nuevo sacrificio. Uno que ya no es el sacrificio del otro en nombre de un goce devorador, sino el sacrificio de la propia pulsión en nombre del espíritu.

Vale decir: ha nacido un nuevo goce: ya no el goce siniestro de la entrega a lo real en la aniquilación del otro, sino el goce, más puro, sublimado y por eso potencialmente sublime, de la afirmación del ser.

Pues una nueva noción del ser es la que vemos nacer aquí. La del ser que se afirma en su confrontación con lo real.

Pues lo real, sin duda, es. Mas no hay, en lo real, espacio para el ser.

Y ello porque el ser reclama afirmación y permanencia, mientras que lo real es turbulencia, cambio incesante, caos.

De modo que debiera resultar evidente que el ser solo puede ser en el campo que la palabra abre con su propia presencia. Especialmente en ese ámbito que es el que la palabra, elevada a su magnitud mayor, la de la promesa, instituye en su desafío a lo real.

Y es así como el Hijo de Dios vence a lo real y resucita. No porque su cuerpo retorne de la muerte, sino porque, en su muerte, no solo parece crucificado, sino que se afirma crucifijado: fijado más allá de la muerte en el gesto mayor de su agonía que es el de morir para que permanezca la promesa de la existencia del padre.

Pues el Dios que así es afirmado es, no sé si se han dado cuenta de hasta qué punto, el primer dios que ya no es dios de lo real -encarnación de las potencias caóticas de lo real- sino Dios contra lo real.

¿Les parece absurda esta idea, la de un Dios contra lo real?

Pero miren -les insisto en esta idea para concluir por hoy-, ¿qué otro Dios podría haber introducido en el mundo la dimensión nueva capaz de convertir a los seres humanos reales, tan disparatada y absurdamente diferentes entre sí, en seres iguales, igualmente dignos, igualmente sagrados y por eso insacrificables?

Notas

(1) Lucas 1:26-38, *Biblia de Jerusalén*, Desclee de Brower, Bilbao, 1979.

(2) Georges Bataille (1957): *El erotismo*, Tusquets, Barcelona, 1879.

(3) Frazer, James George: (1890) *La Rama dorada. Magia y religión*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1981, p- 329.

(4) Johann Lund: (1704) *Los antiguos santuarios judíos*.

(5) Athanasius Kirchner: 1652, *Oedipus Aegyptiacus*, gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France.

(6) de Sicile, Diodore: *Bibliothèque Historique*, Tome Troisième : Livre XX, <http://remacle.org/bloodwolf/historiens/diodore/index.htm>.

(7) Jeremías 32:33-35, *Biblia de Jerusalén*, Desclee de Brower, Bilbao, 1979.

- (8) Ezequiel 20:21-26, *Biblia de Jerusalén*, Desclee de Brower, Bilbao, 1979.
- (9) Sigmund Freud: (1934-1938) *Moisés y la religión monoteísta*, Obras Completas, Vol. 23, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, p. 48.
- (10) 1 Reyes 3:1-4, *Biblia de Jerusalén*, Desclee de Brower, Bilbao, 1979.
- (11) Jesús González Requena: *El oscuro retorno de la Diosa*, en Trama y Fondo, Lectura y Teoría del Texto nº 39, 2015, Madrid.
- (12) Jesús González Requena: *Sobre los verdaderos valores. De Freud a Abraham*, en Trama y Fondo. Lectura y Teoría del Texto nº 24, Madrid, 2008
- (13) Lucas 1:26-38, *Biblia de Jerusalén*, Desclee de Brower, Bilbao, 1979.